

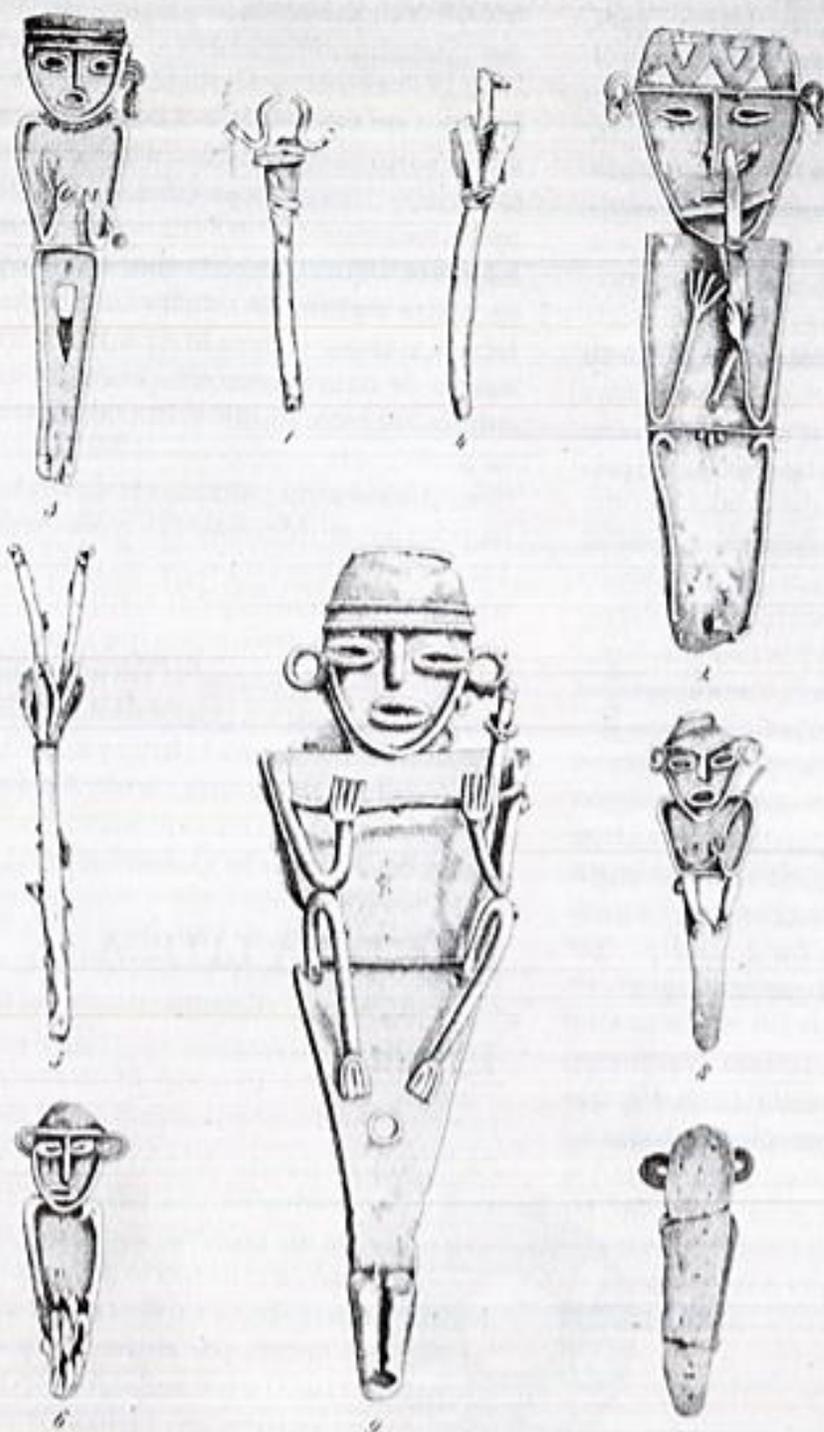
PERIODO precolombino

1992: Encuentro de dos mundos.

Luis Duque Gómez

La morfología del clima y del territorio y la distribución de los recursos naturales, determinaron en el país ciertas condiciones propicias para la penetración y desplazamientos sucesivos de grupos indígenas, procedentes, en algunos casos, de apartadas y diferentes regiones del continente. En la composición étnica anterior a la llegada de los primeros colonos europeos, participaron varios conjuntos de nativos americanos. La zona andina servía así de escenario a una verdadera encrucijada étnica, como lo demuestra la heterogeneidad de los elementos etnográficos propios de las tribus halladas en el siglo XVI y los rasgos peculiares de los yacimientos arqueológicos explorados hasta el presente y que varían notablemente de un sitio a otro, no obstante la proximidad geográfica y cronológica de muchos de ellos.

Rasgos típicos de la cultura de los pueblos Karib, Arawak, Chibcha, Quechua y de otros grupos prehistóricos del Nuevo Mundo se han podido identificar en esta área de los andes septentrionales y constituyen el testimonio de contactos con Mesoamérica, Andes Centrales y con las comarcas nororientales de América del Sur. La totalidad del territorio fue cubierta por pueblos que dejaron huellas de sus prolongadas o temporales estancias. La proyección de las culturas nativas precolombinas se irradió luego en otras direcciones, hacia



*Ezequiel Uricochea
realizó en sus antigüedades
neogranadinas (1854)
el primer estudio de la
orfebrería prehispanica
colombiana.*

vastas comarcas de América y logró ejercer notable influencia en algunas fases culturales de Panamá, Ecuador, Venezuela y zonas antillanas. En el estado actual de nuestros conocimientos científicos sobre las secuencias culturales en estas áreas, se ha avanzado notablemente en la fijación de una cronología absoluta en relación con las corrientes migratorias y con el proceso de su desarrollo regional. Es éste, precisamente, uno de los principales empeños que tiene hoy la investigación arqueológica, no sólo en Colombia sino también en otros países de América.

La investigación lingüística ha señalado la presencia de grupos y subgrupos dialectales en diferentes regiones del país, con base en el estudio parcial de las lenguas aborígenes que aún subsisten y en los vocabularios y frases recogidas durante los tiempos de la Conquista y la Colonia. Pero, si bien es cierto que estos trabajos constituyen una buena guía para la clasificación de algunos elementos culturales, no es menos evidente el hecho de que la dimensión cronológica de tales lenguas se desconoce por completo, puesto que no existe todavía ningún estudio publicado sobre un análisis de su estructura, que permita entrever alguna conclusión o sugerencia en torno a la posible antigüedad de los elementos que la integran.

De acuerdo con las exploraciones arqueológicas de los últimos años, puede afirmarse que Colombia tiene un pasado precolombino que se remonta a más de 10.000 años antes de la era cristiana. En la primera fase de su desarrollo, las primitivas poblaciones tenían formas de vida elementales, pues desconocían la domesticación de las plantas, base esencial de su posterior desarrollo cultural.

Es lo que la arqueología moderna ha denominado la época del *Paleoindio* o más propiamente la

etapa lítica en la evolución de las culturas aborígenes del Nuevo Mundo.

Hasta hace pocas décadas, se juzgaba que los primeros asentamientos del hombre en América eran relativamente recientes, esto es, que no rebasaban los tiempos holocénicos, iniciados hace aproximadamente 12.000 años. Sin embargo, los hallazgos arqueológicos hechos en Nuevo México y otras regiones de Estados Unidos de Norteamérica y áreas vecinas, han puesto en evidencia huellas de estos primeros asentamientos con una antigüedad entre 35.000 y 20.000 años, es decir, un período que corresponde al Pleistoceno Superior, o Cuaternario propiamente dicho. Lo mismo ha ocurrido en Mesoamérica y en América del Sur, incluyendo a Colombia, en donde importantes hallazgos arqueológicos verificados en los últimos años, han demostrado que el paso por aquí de estos remotos emigrantes fue más antiguo de lo que se creía y que los grupos nómadas de grandes cazadores recorrieron a lo largo y ancho las dilatadas comarcas americanas, desde Alaska hasta la Patagonia y desde los litorales del Brasil hasta las costas del Pacífico en Colombia.

LA ETAPA LITICA

El Abra

Fue a partir del año de 1967, cuando se emprendió una búsqueda sistemática de los primeros asentamientos humanos en el territorio de la actual Colombia. Se sospechaba su existencia por algunas observaciones hechas por nosotros y por Reichel-Dolmatoff (1965) y por hallazgos esporádicos, la mayor parte ocasionales, realizados en distintas regiones del país, consistentes en algunos utensilios

lios de factura muy primitiva, como puntas de proyectil, núcleos, lascas de desecho y otros elementos típicos de la industria lítica de estos primeros estadios culturales, en los que el hombre contaba con recursos tecnológicos en extremo limitados para sus actividades de subsistencia, las cuales estaban basadas en la pesca, la caza y la recolección. Un proyecto de exploraciones, coordinado por el Instituto Colombiano de Antropología y por la Universidad de Amsterdam, inició sus trabajos en el sitio denominado El Abra, en las vecindades de Zipaquirá, un abrigo rocoso donde se hallaron numerosos elementos líticos, correspondientes a una etapa precerámica, cuyos niveles inferiores se sitúan cronológicamente en el pleistoceno tardío, 12.460 años antes del presente.

Abrigos rocosos del Tequendama

Otra estación o yacimiento de la etapa lítica, fue hallada en abrigos rocosos de la hacienda Tequendama, ubicada en el municipio de Soacha, Cundinamarca, en el año de 1970. Fue un proyecto llevado a cabo por los investigadores T. Vander Hammen y G. Correal, quienes habían participado también en el proyecto de El Abra. Esta exploración fue patrocinada por la Fundación Neerlandesa para el

fomento de los estudios tropicales (Wotro) y la Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales del Banco de la República. Se hallaron aquí vestigios de un antiguo grupo de cazadores, correspondiente en sus estratos más antiguos a un período comprendido entre 11.000 y 10.000 años antes del presente, consistentes en puntas de proyectil, raspadores, núcleos, lascas de desecho, cuchillos laminares y otros, elaborados con las técnicas de percusión, algunos con retoques secundarios. El estudio del polen fósil demostró que para esta época la Sabana de Bogotá, por causa de una elevación de la temperatura promedio, estaba cubierta de denso bosque andino.

Etapa Formativa

El descubrimiento de la agricultura. La etapa del "Formativo" es de alta significación en el proceso evolutivo de las culturas americanas. Es el paso de una economía primitiva, basada en la caza, la pesca y la recolección, al de la economía agraria, cuando el hombre del Nuevo Mundo logra la domesticación de parte de la naturaleza ambiente, esto es de las plantas útiles. Por fin suspende su milenario trasegar, para esperar la maduración de los frutos que ha plantado, después de un lento período de observación y de experimentación agrícola. Y el resultado del esfuerzo es pródigo. Con las semillas promisorias vienen en torno



suyo, próximos a su estancia, muchos de aquellos alimentos que antes para procurárselos tenían que realizar largas y penosas jornadas e inclusive disputárselos con otros seres de la naturaleza, igualmente ávidos de poseerlos. El ciclo biológico de estas plantas útiles, ya cercanas a sus refugios, amplía notablemente su universo cultural y puebla su imaginación de nuevas imágenes, a la vez que enriquece su pensamiento mágico religioso. Inclinado sobre el surco, se vería precisado también a levantar sus ojos hacia el dombo celeste para inquirir sobre los fenómenos astrales, como supremos reguladores de aquella realidad que surgiría maravillosamente de su solicitud y que le daría una nueva dimensión de su propia existencia. El maíz, la papa, la patata, la yuca, el maní, el piviñay, el algodón, el tabaco, la coca, la quinoa y los variados frutales, para no mencionar sino algunos, irían a alegrar desde entonces el entorno de sus rústicas moradas, como ocurre hoy en vastas comarcas campesinas de América y de otros continentes.

Por eso podemos decir que la historia de la población indígena americana es la historia de sus descubrimientos agrícolas y que ella está profundamente anclada en su pensamiento religioso y en las diversas formas de su expresión estética. También en el Viejo Mundo, milenios antes, había ocurrido un proceso parecido, con alcances igualmente significativos, cuando los talladores de piedra de los grandes cazadores hicieron fructificar a su voluntad los campos, preparando así el advenimiento de las culturas neolíticas y con ellas los antecedentes inmediatos de la historia de la civilización occidental.

Perdida la memoria de los remotos paleoindios, surge ya en el formativo la leyenda acerca de estos primitivos pobladores, del origen de la humanidad, de las plantas útiles, de la fauna, de los



fenómenos celestes, en fin, del universo que alcanza su inteligencia. Es la inquietud espiritual del nativo, su ansiedad por conocer el origen y la explicación del funcionamiento del mundo físico, su anhelo de precisar para sí mismo alguna relación con el tiempo y el espacio a través de sucesivas generaciones. Se estructura entonces el corpus de sus ideas religiosas y se erige el panteón de las deidades, sobre el fondo enmarañado de la mitología.

Ciertos accidentes geográficos, como las cumbres montañosas, las lagunas, envueltas en niebla en las tierras paramunas; el nacimiento de los ríos, las posiciones del sol, de la luna, de las estrellas, el piedemonte o la llanura ilímite, la selva, se fueron adentrando poco a poco en el mundo trascendental de los nativos, hasta llegar a convertirse en fenómenos y en lugares sacralizados o al menos en puntos de referencia espacial de sucesos íntimamente ligados al origen de la comunidad, a la trayectoria de sus ancestros míticos y a las posibilidades de sus medios de subsistencia. Cosa similar ocurrió con los animales, entre los cuales la mentalidad aborígen hizo una selección para integrar la fauna mítica: el tigre, el oso, el mono, el armadillo, el zorrillo, la ardilla, la danta, el venado, el puerco salvaje, la serpiente, el lagarto, el manatí, el caimán, la salamandra, la rana, las



aves marítimas y costaneras, el águila, el búho, la guacamaya, entre otros, se convirtieron en la mente del nativo en sujetos significativos para animar el escenario de sus mitos y su imagen fue traspuesta a las representaciones artísticas, como expresión plástica de su mundo animista y supersticioso.

En este período los grupos escalan —como sus antecesores— las vertientes andinas, logran un prolongado asentamiento en las tierras altas y en los climas medios, y estructuran una organización social de pequeños y numerosos señoríos independientes, favorecidos por la formación laberíntica de la cordillera, que les brinda la posibilidad de contar con variadas tierras de cultivo y de explotar ricos recursos naturales, como el carbón mineral, el oro, el cobre, la plata, las esmeraldas, la sal, etc. Otros prefirieron sentar sus reales en las partes bajas de la llanura del Atlántico, en los litorales del Pacífico o en la Amazonia, conformando sus pautas culturales a las características del medio y adaptando sus experiencias vernáculas al nuevo hábitat, que hace un marcado contraste con el clima y el ambiente cordilleranos. La caza, la pesca, la recolección y la agricultura incipiente, basada principalmente en el cultivo de la yuca brava, siguen siendo aquí, como en los tiempos remotos del Paleoindio, la base económi-

ca de las tribus asentadas en estos bosques y sabanas tropicales.

Así les sorprendió a unos y otros la llegada de los ibéricos, en las primeras décadas del siglo XVI. Los europeos encontraron en estas latitudes todo un mosaico de pueblos, disímiles en sus formas de vida, en sus concepciones religiosas, en su organización social y económica, como disímiles y contrastadas son las grandes regiones geográficas en que puede dividirse el país: la llanura del Atlántico, la Vertiente del Pacífico, la Zona Andina, la Amazonia y la Orinoquia. A partir de la etapa del Formativo, las culturas prehispánicas de Colombia y de América entran en pleno desarrollo, apoyadas en el descubrimiento de la agricultura. En Colombia, algunas alcanzan un verdadero florecimiento, entre los siglos V y X de la era cristiana, en sus manifestaciones artísticas, en su organización política, en sus concepciones religiosas. Así lo evidencian el arte escultórico de San Agustín, los hipogeos de Tierradentro, los vestigios de los asentamientos semiurbanos de la Sierra Nevada de Santa Marta, la cerámica y la orfebrería de las tribus taironas, sinúes, quimbayas y quillacingas, la organización social y política de los señoríos y el panteón de las deidades religiosas de los muiscas.

El maíz es el principal cultivo en el período formativo, la planta útil por excelencia en la América precolombina, con cuya domesticación se inicia prácticamente el verdadero progreso de las altas culturas de Mesoamérica (México, Guatemala, Honduras). Simultáneamente, la cerámica, la orfebrería y los tejidos logran también marcados avances. En la primera se aplican técnicas tan complejas como la pintura negativa, y en la segunda, la mezcla del oro y del cobre (tumbaga), para rebajar el punto de fusión en cerca de 200 grados y lograr mayores facilidades en el proceso



de fundición; el vaciado en moldes, la afinación del oro, el dorado, etc. En el aspecto sociopolítico, se acentúa la especialización del trabajo, la organización clanil, al tiempo que surge el señoría sobre un grupo de comunes, en el que se canalizan el poder y la influencia religiosa de los caciques, los hechiceros y los chamanes. La intensificación del culto funerario determina la ubicación de grandes centros ceremoniales, como San Agustín y Tierradentro, en los que florece un avanzado arte escultórico en piedra y la construcción de curiosos hipogeos, profusamente decorados en sus muros con motivos biomorfos estilizados, policromados y en bajo relieve.

Desde el período Formativo, que se inicia en América hacia el primer milenio A. de C. y que termina en algunas regiones en los primeros siglos de la era cristiana, entran en una especie de estatismo las culturas indígenas de Colombia, es decir, no logran alcanzar ciertos elementos que se consideran como indicadores del nivel llamado de las "altas culturas". En este estado evolutivo las sorprende la llegada de los peninsulares, en el siglo XVI.

Los Chibchas

El sustrato chibcha parece haber sido el elemento más importante en la integración étnica y cultural de Colombia en los tiempos prehispánicos, tanto por su



antigüedad, como por las formas socioeconómicas y mágico-religiosas, que alcanzó esta cultura y por la elevada densidad demográfica de sus grupos.

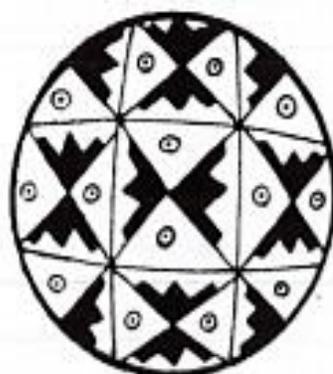
Evidentemente, todo indica que en una fase dada de aquellas remotas épocas, la población chibcha ocupaba casi toda la porción occidental del territorio colombiano, es decir, la totalidad de la zona andina, y que varios de sus componentes habían penetrado inclusive hasta las regiones bajas y planas del oriente. Cerca de medio millón de kilómetros cuadrados habían cubierto estas poblaciones, desde las tierras a nivel del mar, hasta alturas cercanas a los 3.000 metros, es decir, prácticamente a través de todos los pisos térmicos de las regiones cordilleranas y de los valles y llanuras aledañas. La supervivencia de pueblos de habla chibcha en el Golfo de Urabá, como los cunas; en la Sierra Nevada de Santa Marta, como los arhuacos; en la frontera con Venezuela, como algunos de los grupos motilonos; en los límites entre Boyacá y los Llanos, como los tunebos y en el Sur, los paez, guanbianos y coaiqueres, nos indica claramente la vasta extensión de los antiguos dominios de esta gran familia lingüística, de origen centroamericano, la cual llegó a Colombia en una época que aún no ha sido precisada en términos de cronología absoluta, pero que ya en el siglo V de la era cristiana estaba plenamente enseñoreada en los altiplanos fríos de Cundinamarca y Boyacá, según los análi-



sis de C14 en muestras procedentes de los depósitos arqueológicos de esta zona.

Pueblos de distinto origen, como los Arawak y los Karib, especialmente estos últimos, se enfrentaban desde el siglo XV, a los grupos muisca y habían alcanzado a resquebrajar su organización, obligándolos a retroceder en algunas partes a regiones de fácil defensa, para contrarrestar así el impulso arrollador de sus enemigos, que en aquella época trepaban por las vertientes de la Cordillera Oriental, desde la cuenca del Magdalena, amenazando ya sus establecimientos.

Los chibchas de Cundinamarca y Boyacá, llamados también muisca, alcanzaron a desarrollar una compleja estructura socioeconómica y un amplio panteón de deidades religiosas, los cuales constituyen un buen testimonio de su grado de cultura y civilización. Si bien no nos dejaron obras arquitectónicas como las de los incas y los pueblos de Mesoamérica, sus formas de organización social y su pensamiento religioso nos revelan, en cambio, la realidad de un proceso cultural que culminaba ya en el siglo XVI, con la consolidación de importantes instituciones, reguladas por normas vigentes que constituían una verdadera expresión de juridicidad, de la cual es prueba fehaciente la legislación dictada por los conductores político-militares Nemequene y Saguanmachica.



El Grupo Karib

Fue, después de los chibchas, el segundo grupo que participó más intensamente en la integración étnica y cultural en nuestro territorio en tiempos precolombinos. Debe establecerse claramente la diferencia que existe entre el vocablo karib, con el cual se designa hoy la familia lingüística que tuvo gran preponderancia en el nordeste de Suramérica, y cuyas oleadas migratorias llegaron hasta el litoral Atlántico, para penetrar luego por las cuencas de los ríos Cauca y Magdalena, y la palabra *caribe*, que aplicaron los españoles a todas aquellas poblaciones indígenas que se oponían con arrojo a sus conquistas.

Se sabe hoy que los grupos Karib tuvieron su principal centro de dispersión en la porción nororiental de América del Sur, más exactamente, en los valles de los ríos Tapajós y Xingú, en el Brasil, de donde emigraron hacia Venezuela, Guyanas y las Antillas, siguiendo después hasta la llanura del Atlántico, en Colombia, para penetrar luego hasta la "Tierradentro", remontando el curso de nuestros grandes ríos, como dejamos anotado. La huella de sus migraciones hacia el interior quedó en la toponimia de numerosos lugares de las vertientes cordilleranas y ésta ha servido para afiliar a esta familia grupos como los pijaos, muzos, colimas, chocoes y otras poblaciones abo-

rígenes, que se empeñaron, además, en cruentos combates con los expedicionarios europeos y que persistieron en esta tenaz resistencia hasta bien entrados los tiempos coloniales. Entre los grupos Karib que aún sobreviven en Colombia, se cuentan algunas de las agrupaciones aborígenes de la Motilonia y los indios chochos, que se extienden por buena parte de la Vertiente del Pacífico, en el curso medio y alto de los ríos que descienden de la cordillera.

Los Arawak

Menos difundida parece haber sido la influencia arawak, en comparación con lo que ocurrió con los chibchas y karib. Se extendió esta familia lingüística, no sólo por Colombia sino también por otras comarcas de Suramérica y por las Antillas. Pertenecen a ella los actuales indios guajiros. Algunos investigadores suponen que rasgos arqueológi-

cos, como el arte rupestre, el empleo de urnas funerarias sin cremación y buena parte de la alfarería procedente del área quimbaya, serían la huella del paso de pueblos arawak en tiempos precolumbinos aún no precisados. Sin embargo, esta hipótesis de trabajo tiende a desvirtuarse cada día más, a medida que avanzan las investigaciones en los diferentes yacimientos arqueológicos del país, los cuales parecen demostrar que el influjo de aquéllos debió ser tal vez en las últimas fases del desarrollo de las culturas indígenas que surgieron en la costa y en las cuencas de los ríos Cauca y Magdalena.

El principal grupo sobreviviente de la familia arawak en Colombia es el guajiro, que habita en la península del mismo nombre, en donde ha estado asentado desde tiempos inmemoriales. Dura resistencia opusieron estos nativos a los expedicionarios españoles en el siglo XVI y en los subsiguientes, logrando así conservar su independencia, su lengua y buena parte de sus pautas culturales tradicionales. □